

¿Puede un chileno ser el mejor profesor del mundo?

Jugó fútbol por Rangers y grabó dos discos de rap, pero aunque tenía condiciones para ambas actividades, optó por la pedagogía. Hoy, Paulino Pérez, profesor rural del archipiélago de las Guaitecas, es uno de los 50 mejores del mundo y candidato al Global Teacher Prize, conocido como el "Nobel de la Educación". Está a cargo de una pequeña escuela en Repollal, un caserío habitado por pescadores y recolectores de leña. La recibió en condiciones deplorables, casi sin alumnos y al borde del cierre. Siete años después tiene excelencia académica, certificación ambiental, matrícula completa, una fama que trasciende la región y estudiantes felices.



GENTILEZA EUGENIO EDUCAR



**HANS EBEN,
PRESIDENTE DE PACTO
GLOBAL:** "HOY NOS TOCA
CUESTIONARNOS Y SER MÁS
HUMILDES". **PÁGINA 3**



EL GOLPE DESPUÉS
DE RECUPERARSE
DEL COVID: **LA
DISCRIMINACIÓN.**
PÁGINA 4



**LA HISTORIA DE UNA
ABUELA, SU NIETO Y
LAS DOS MAMÁS.**
PÁGINA 6

PAULINO

SUS ALUMNOS Y LAS BALLENAS

Jugó fútbol por Rangers y grabó dos discos de rap, pero aunque tenía condiciones para ambas actividades, optó por la pedagogía. Hoy, Paulino Pérez, profesor rural del archipiélago de las Guaitecas, es uno de los 50 mejores del mundo y candidato al Global Teacher Prize, conocido como el “Nobel de la Educación”. Está a cargo de una pequeña escuela que recibió en condiciones deplorables, casi sin alumnos y al borde del cierre. Siete años después tiene excelencia académica, certificación ambiental, matrícula completa, una fama que trasciende la región y estudiantes felices.

POR GAZI JALIL F.

Repollal es un caserío difícil de encontrar en los mapas. Aparece como un punto difuso entre el revoltijo de islas, fiordos y canales del archipiélago de las Guaitecas, en la Región de Aysén, al sur del golfo Corcovado. Para más detalles, está a 15 kilómetros de Melinka, el único pueblo de la isla Ascensión, que en las rutas turísticas se promociona como “la puerta norte de la Patagonia chilena”.

Paulino Pérez, un joven profesor oriundo de Quellón y egresado de la Arcis, había saltado de isla en isla, haciendo reemplazos en escuelas de Chiloé, pero no conseguía nada fijo. A veces, definitivamente no conseguía nada, así que durante un año y medio se empleó en una pesquera, trabajando en las cámaras de frío, a 25 grados bajo cero. Durante ese tiempo se dedicó a mandar currículums a todas las escuelas que pudo. La verdad, no tenía ninguna preferencia: donde sea que le resultara, se iba. Hasta que le llegó la primera respuesta desde el liceo de Melinka.

—Fue un viernes, el sábado tomé la barcaza, llegué el domingo y el lunes ya estaba haciendo clases. Todo fue muy rápido. Alcancé a empacar solo un bolso. No tenía nada, solo mi título. Tampoco conocía Melinka, ni siquiera sabía con qué me iba a encontrar.

Paulino Pérez, 39 años, recuerda el episodio con emoción, como quien habla del nacimiento de un hijo, y de pronto, a través del teléfono, ya no se escucha nada más, apenas su respiración. Y al rato, cuando parece que se ha cortado la comunicación, su voz surge de nuevo:

—No sé si mi vida habría sido la misma si me hubieran llamado de otro lado.

Anoche, Paulino Pérez se despertó a las tres de la mañana para poner más leña a la estufa en su casa en Repollal, donde vive con Victoria Castro, su mujer, una terapeuta ocupacional que trabaja en el liceo de Melinka, y Florencia, la hija de ambos de 5 años. Afuera, la temperatura había llegado a los 5 grados bajo cero y al amanecer, cuando vio por la ventana, todo estaba cubierto por una extensa alfombra de escarcha. Es fácil suponer que el paisaje no le llamó la atención. A él, acostumbrado a climas rigurosos, no le asusta el frío ni las tempestades que suelen azotar la isla.

—Aquí llueve 300 días al año —dice—. Hace poco llovió dos semanas todos los días y no fue una lluviecita. Fue terrible. No podías ver a dos metros, con temporal de viento y esos truenos que llegan a remecer la casa.

Así y todo, en su memoria no hay más de dos veces en que el clima haya obligado a suspender las clases en Repollal, desde que llegó hace siete años. Es el director de la escuela, que tiene 15 alumnos entre primero y sexto básico, y como único profesor, está a cargo de todo: gestión, administración, proyectos de mejoramiento educativo, alimentación, locomoción, consejos escolares y redes de apoyo.

Dice que hay días en que ve a los niños y se ve a él mismo y se sorprende de lo rápido que tuvo que crecer a esa misma edad, cuando comenzó a valerse por su propia cuenta. Hijo de una dueña de casa y de un comerciante de Quellón, a los 10 años dejó su hogar, incentivado por sus padres, quienes querían una



“Mi sueño no es estar en el top ten, sino que esto sirva para que a las escuelas rurales se les considere como algo importante”, dice Paulino Pérez.

mejor educación para él.

—Me mandaron a Castro y de ahí a Talca. Es verdad que era muy chico, pero me ayudó a ser autónomo. Además, tuve la suerte de tener muy buenos profesores. Me encantaba aprender. Tenía habilidades en la música, el deporte, la ciencia y el lenguaje. Mis profes veían esas cualidades, así que me trataban bien y se preocupaban mucho de mí. En ellos tuve una familia y eso me llevó a pensar que debía estudiar Pedagogía.

Paulino tocaba la guitarra e integró grupos folclóricos, pero en ese tiempo era solo un niño y quería ser futbolista. En las tardes, después de clases, ju-

gaba en las inferiores de Rangers. Y luego, antes de que terminara el día, iba a entrenar básquetbol por el equipo del colegio.

—Nunca se me hizo difícil nada. Y todo eso me sirvió, porque como profesor unidocente tengo que manejarme en todo.

En Santiago, mientras estudiaba en la universidad, volvió a la música de manera más profesional. Cuenta que grabó dos discos con un grupo rapero de Chiloé, CFC (Castro Familia Crew), que fueron producidos por Seo2. El primero de ellos se vendió con bastante éxito, dice. En paralelo, trabajó en lan-

chas, fue guardia e incluso taxista, hasta que egresó de la universidad e hizo su práctica como profesor en la escuela Kume Ruka Weketrumao, un establecimiento rural de la comunidad huilliche de Quellón, donde se quedó a cargo del gimnasio durante un año.

—Era una escuela preciosa, grande, con educación intercultural. Allí conocí al maestro Leiva. Era un profesor increíble. Lo vi trabajar con sus niños y la comunidad. Me cambió la vida completamente. Él me dijo: “Paulino, si ves alguna posibilidad de escuela rural, tómala”.

En eso pensó cuando, tiempo des-

pués, lo llamaron desde el liceo de Melinka. Iba con un contrato por dos años, que se alargó a cuatro antes de que en 2013 el alcalde de entonces lo mandara a Repollal, un caserío de pescadores y recolectores de leña de unos 200 habitantes, para que se hiciera cargo de la escuela. Pero el traslado, más que un premio, parecía un castigo.

—La escuela estaba muy descuidada. Tenía barro en los patios, bodegas llenas de basura, no tenía comedor, no tenía internet, no había *notebook* para los niños, no tenía cierre perimetral, ni patio de juegos, ni apoyo de otros profesionales. Y el motor para generar luz eléctrica producía más contaminación acústica que energía.

En sus palabras, al ver todo eso sintió pena, lata e incertidumbre. ¿Cómo iba a trabajar en esas condiciones? Además, el lugar tenía pocos estudiantes y estaba a punto de cerrar. De hecho, durante las dos primeras semanas no asistió ningún alumno a clases.

—La comunidad no me tenía confianza. Era nuevo y tampoco me habían presentado. Así que fui puerta a puerta y conversé con los papás, les conté los proyectos que tenía, desde giras de estudio a trabajos con otros colegios del

“La verdad, cuando llegué no tenía idea de cómo hacerlo. Tuve dudas y me preguntaba qué había hecho mal en Melinka para que me mandaran acá”.

país, y de a poco me fui ganando la confianza. Yo tenía la convicción de que podíamos sacar la escuela adelante y por suerte me creyeron.

Paulino Pérez postuló a fondos, consiguió recursos y ya el primer año pudo mejorar el equipamiento de la escuela y financiar una gira de estudios. También abrió el establecimiento a la comunidad: hizo alianzas con Servicio País, algunas ONG, centros de estudios científicos que trabajan en la zona, la Armada, el Cuerpo de Bomberos de Melinka, Conaf y hasta con los adultos mayores para que traspasasen a los niños la cultura de la isla.

—La escuela no es solo del profesor, es de la comunidad. Y el objetivo era ese: que padres, autoridades, profesores asistentes, alumnos y las empresas que están aquí se involucraran con la educación de los niños. Organizamos peñas folclóricas, curantos, campeonatos de truco (un juego de cartas popular en la Patagonia), investigamos la historia de la isla, reciclamos y aprendimos el trabajo de la lana.

El profesor también implementó talleres de cestería, de tejuelas de ciprés y de telares, entre otros. Encabezó jornadas de recolección de desechos en las playas y organizó *trekking* con los alumnos para mostrarles la naturaleza que los rodeaba.

—Así fueron llegando cada vez más estudiantes. Durante dos años alcancé el tope: 20 niños. Para una escuela unidocente es muchísimo. Generalmente tienen tres, cinco, hasta 10 niños a las que les va mejor.

Ahora, mientras habla, da la impresión de que a Paulino aún le sorprende el cambio que su presencia provocó en una escuela que parecía abandonada a su suerte.

—La verdad, cuando llegué no tenía idea de cómo hacerlo. Tuve dudas y me preguntaba qué había hecho mal en Melinka para que me mandaran acá. Pero mi señora me dijo que viera esto



Uno de los temas en los que ha puesto más empeño, es en la educación medioambiental. Entre sus proyectos más valorados están las jornadas de trekking que realiza con sus alumnos, en las que analizan los líquenes de la isla con unas lupas profesionales que se ganaron.

como una oportunidad. Hoy siento que fue bueno haberme encontrado con la escuela en esas condiciones. Ni yo sabía el potencial que tenía.



Un día se metieron las vacas a la cancha de fútbol. No pasa siempre, pero cuando pasa hay que sacarlas para que no se coman el pasto. En la historia que cuenta Paulino Pérez aparece pronto un niño que llegó a la escuela de Repollal luego de tener problemas de conducta en su anterior colegio. El profesor recuerda que esa vez el alumno se le acercó y le dijo: “Profe, yo lo voy a ayudar”.

—Estaba lloviendo mucho y le pedí que no se preocupara, porque se iba a mojar. Así que fui a echar a las vacas y cuando miré para atrás, él estaba al lado mío, con su chaqueta y sus botas. Ese niño es maravilloso. Hoy trabaja con su papá, es buen alumno y dejó atrás la agresividad que tenía antes.

Paulino cuenta también el caso de un niño con dificultades de adaptación, que terminó sorprendiendo a todos por su capacidad para memorizar páginas enteras de un libro y recitarlas sin equivocarse. Ese alumno, dice, ganó después un concurso de *spelling bee* (deletreo de inglés) en la comuna y luego otro fuera de ella.

—No sé si hubiera sido lo mismo para él en otro colegio, pero este le marcó la vida. Otros han venido con temas de *bullying* y aquí sienten el cambio inmediatamente. Se dan cuenta de que son valorados, que nos preocupamos por ellos. Saben que tienen un ambiente tranquilo y sano, libre de castigos y acoso, donde todos nos cuidamos.

No le gusta comparar a los niños de la ciudad con los de la isla, y dice que los suyos, como en cualquier escuela, tienen intereses diversos. A algunos les encanta la música y el arte. A otros, la naturaleza y las ballenas. A unos pocos les gusta la tecnología y algunas niñas se inclinan por la lectura. Pero no le importa tanto lo que quieran ser a futuro. Lo que le interesa, asegura, es otra cosa:

—Yo les digo que pueden hacer lo que quieran, lo que sueñen, pero lo más importante es que sean felices. Si son buenas personas, felices y motivadas en su trabajo, van a poder llegar a cualquier parte. No van a tener límites. Eso les transmito: “Puedes ser un pescador o un médico, pero tienes que ser feliz y encantado con lo que haces”. Hay estudiantes que se han ido de la escuela y aún me escriben o me llaman pidiendo consejos para su futuro. Eso me hace creer que hubo un trabajo bien hecho.

Uno de los temas en que más empeño ha puesto Paulino es la educación me-

dioambiental, y entre sus proyectos más valorados están las jornadas de *trekking* por la isla que realiza con los alumnos.

—Hacemos el sendero del líquen, que es una simbiosis entre un alga y un hongo que crece solo en ambientes limpios y sanos, y aquí tenemos muchas especies de líquenes. Salimos a verlos y analizarlos con unas lupas profesionales que nos ganamos con un proyecto. Para los alumnos es una rutina maravillosa, porque cada salida es una experiencia diferente. Saben que viene un científico a trabajar con ellos y se emocionan.

También tienen otro sendero que los lleva a los cerros, cruzando la tundra húmeda y los bosques de cipreses, pero lo que le entusiasma hoy es el proyecto de *trekking* hasta el lado norte de la isla, donde podrán observar desde la costa hasta nueve tipos de ballenas, especialmente azules y jorobadas, que los veranos navegan por el Corcovado.

—Ya está todo listo y financiado. Tenemos los fondos para comprar drones, binoculares, cámaras GoPro, botas, capas de agua, computadores, mochilas. Es un proyecto inédito para el país, porque habitualmente la observación se hace desde botes o por aire. Los niños saben de ballenas y les gusta el tema. Ya hemos trabajado en un primer ciclo con la Fundación Meri para aprender a distinguirlas, a conocer la época en que vienen, qué problemas tienen durante su navegación, por qué migran, cómo observarlas.

Luego, cuando tengan listo el sendero, agrega Paulino entusiasmado, harán registros en video y los subirán a internet para que otras escuelas se contacten y vayan a la isla a hacer ese mismo *trekking*.

—O ir nosotros a hacer *trekking* al desierto, por ejemplo. ¿Por qué no? Ellos ya han salido de la isla en las giras de estudio que hemos hecho. Estuvimos en Chaitén, Rancagua, Santiago, Viña, Valparaíso, Valdivia, Frutillar, Puerto Varas, Chiloé y Puerto Montt.

Gracias a estos proyectos, el profesor logró que la escuela tuviera certificación ambiental. Más tarde, tras experimentar un alza en la prueba Simce, la escuela fue reconocida como establecimiento de excelencia académica por el Ministerio de Educación.

—Hoy veo a los niños felices en la sala. Les gusta venir al colegio. Los papás son participativos y están pendientes. Es una situación ideal, muy distinta a lo que vivíamos al principio.



Paulino Pérez estaba seguro de que este año iba a ser el mejor en la escuela de Repollal. Nunca antes había con-

tado con un equipo profesional tan completo, con una educadora diferencial, un profesor de violín, una profesora de inglés y una educadora intercultural, además de tres asistentes.

—Habíamos comenzado con lo que uno sueña. Pero pasó esto —dice, hablando de la pandemia y la suspensión de las clases en todo el país.

Pese a que la isla no registra ningún contagio y que se diría que este es el último lugar del mundo donde podría llegar el covid, en Melinka y Repollal mantienen las mismas medidas de protección que en el resto de Chile. En las calles los habitantes usan mascarillas y se han autoimpuesto una cuarentena voluntaria. Por lo demás, alrededor de Miscmún hay un cordón sanitario que impide la entrada a cualquiera que no sea de la isla. Las avionetas tienen prohibido aterrizar y la barcaza está fuertemente custodiada.

—Claro, puedo salir, estar en el patio con mi hija, ir al mar. Estamos a salvo, pero también atentos, porque la isla es chica, visitamos los mismos negocios, la misma posta y los mismos lugares. Así que basta que una persona tenga covid y nos contagiamos todos. Pienso que el virus va a llegar, como en todos lados. Y a los niños les preocupa el tema, pero uno trata de calmarlos, también a los papás. La idea es darles contención y no alarmarlos.

Desde que se suspendieron las clases, Paulino Pérez se ha dedicado a preparar las guías de estudio y con la ayuda de una educadora diferencial de Melinka las pasa a dejar a la casa de sus alumnos.

—Aquí no se puede hacer educación a distancia. Ninguno de los niños tiene computador y el internet de que disponen solo les sirve para las redes sociales de sus celulares, no para investigar. Así que me comunico con ellos por WhatsApp para las tareas o resolver sus dudas.

Justo ahora, dice, trabaja en un proyecto para conseguir módems para que los niños puedan instalarlos en sus casas. Y ya consiguió financiamiento para comprar computadores que se los pasará a sus alumnos si es que la pandemia se alarga.

—Por ahora no hemos puesto notas. Trabajamos a partir de lo que hagan ellos con las guías y de la educación que puedan darles los padres en relación con la misma cultura de la isla. Hay papás que les enseñan a pescar, la leña que tienen que cortar o cuándo salir a mariscar. Ese tipo de aprendizaje no se adquiere en la escuela, pero es trascendente para la vida de ellos,

sobre todo en este contexto.

Paulino Pérez no cree que las escuelas rurales estén mejor preparadas que el resto para volver a la normalidad, como el Gobierno lo planteó en abril.

—Yo como papá no voy a enviar a mi hija a clases si no estoy totalmente seguro de que ella va a estar bien. Nosotros no estamos preparados en Repollal. Necesitamos aislar, tenemos que ver los espacios en la sala de clases, la movilización. Los niños no pueden venir en el mismo bus y las jornadas tienen que ser más acotadas, porque tendrían que asistir menos alumnos a clases, porque el espacio que tenemos es para 20, pero uno al lado de otro. Sinceramente, si no hay una vacuna, no creo que volvamos a clases, no podemos tomar el riesgo de que el niño pueda contagiarse y lleve el virus a su casa donde vive con su abuela. No podría tomar ese riesgo.

Hoy, Paulino es uno de los 50 mejores profesores del mundo, según el Global Teacher Prize, considerado el “Nobel de la Educación”. Llegar hasta esta etapa no fue fácil, considerando que participaron 12 mil docentes de todo el mundo. Los 10 finalistas ya debían haber sido anunciados, pero la pandemia obligó a la Fundación Varkey, organizadora del premio, a posponer la elección. En *Elige Educar*, la ONG chilena que representa el concurso en el país, confirman que la fecha será entre agosto y septiembre.

Aunque a Paulino le ilusiona el premio, dice que su sueño es más simple: —Yo quiero reconocimiento para las escuelas rurales. Hoy estamos marcando un precedente en el país por la forma en que trabajamos con los niños, pero seguimos siendo el patio trasero de la educación en Chile. Escucho a personas hablando de educación rural y nunca han hecho clases en una escuela rural, no saben cómo son nuestras salas de clases. Nosotros estamos bien en Repollal, pero hay algunas escuelas que se caen de tantos años, o que no están bien equipadas. Ya ves internet, por ejemplo. Las universidades tampoco preparan a los profesores para la educación rural, pese a que representamos el 30 por ciento de las escuelas del país. No nos consideran en el Simce y tampoco en la evaluación docente. Nos dan lo que sobra. Yo quiero que estas escuelas tengan todo lo que deban tener.

Afuera, un temporal de viento sacude su casa.

—Mi sueño no es estar en el *top ten*, sino que esto sirva para que a las escuelas rurales se les considere como algo importante. 5

“Si no hay una vacuna, no creo que volvamos a clases, no podemos tomar el riesgo de que el niño pueda contagiarse y lleve el virus a su casa donde vive con su abuela”.

“Hoy (las escuelas rurales) estamos marcando un precedente en el país por la forma en que trabajamos con los niños, pero seguimos siendo el patio trasero de la educación en Chile”.

“Veo a los niños felices en la sala. Les gusta venir al colegio. Los papás son participativos y están pendientes. Es una situación ideal, muy distinta a lo que vivíamos al principio”.